

HARRIS, James, *El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa*, Ed. Crítica, Barcelona, 2017, 269 pp.

En el año en que se ha conmemorado el centenario de la Revolución rusa se han publicado una gran profusión de libros acerca de ese hito histórico. Los ha habido de todo tipo; desde reediciones de estudios clásicos a trabajos novedosos tanto con miradas favorables como contrarias a los bolcheviques. Del mismo modo, la apertura de los archivos rusos ha posibilitado el acceso a documentación que estaba restringida a quienes querían investigar sobre la Revolución o la Unión Soviética, y que ha permitido realizar nuevos análisis de acontecimientos sobre los cuales se creía saber, si no todo, la práctica totalidad de lo que ocurrió. Las investigaciones que ponen en solfa cuestiones que se han presentado durante mucho tiempo como verdades absolutas son las más interesantes en la ciencia histórica. Es esto precisamente lo que hace James Harris con *El gran miedo*, desmintiendo certezas que se han mantenido desde una parte de la historiografía durante décadas en torno a Stalin y las *purgas* llevadas a cabo en la década de 1930.

Según se desprende del trabajo de Harris, *el terror* de Stalin no estuvo inspirado nunca en el mantenimiento y expansión de su poder personal, sino que, por el contrario, obedecía a factores tanto estructurales como coyunturales. En lo que se refiere a las causas estructurales está el miedo secular existente en Rusia a la amenaza del enemigo interno en connivencia, o no, con los enemigos externos dentro de un Estado tan extenso y difícil de defender de las invasiones. Estos miedos tuvieron también su reflejo en los dirigentes bolcheviques desencadenando los factores coyunturales, como así lo refleja Harris al asegurar que «la década política reaccionaria que siguió a la revolución de 1905 era para los bolcheviques un recordatorio claro de lo que ocurriría si perdían la guerra civil y una lección de que, cuando estabas en el poder, la violencia implacable podía mantenerse allí. El recurso a la violencia de los bolcheviques se fundaba no solo en los precedentes rusos sino también en la historia de los movimientos revolucionarios europeos de los siglos XVIII y XIX, una historia que, desde su punto de vista, demostraba, por un lado, que los revolucionarios solían subestimar las fuerzas de la reacción y, por otro, que la violencia era sinónimo de revolución» (p. 49).

Además de estas cuestiones, los dirigentes bolcheviques estaban convencidos desde el triunfo revolucionario que su éxito era una seria amenaza para el capitalismo mundial y que, por consiguiente, las diversas potencias capitalistas atacarían más tarde o más temprano a la Unión Soviética. La política internacional llevada a cabo por las potencias europeas, Francia y Gran Bretaña especialmente, durante la década de 1920 y de 1930, fundamentalmente tras el ascenso del na-

zismo, llevó a la dirigencia soviética al convencimiento de que se preparaba una invasión; esto, sumado a la información errónea de los servicios de inteligencia soviéticos que alertaban de la presencia de agentes extranjeros dentro de la URSS, creó una gran inseguridad en los dirigentes soviéticos. Tal y como señala Harris, en 1936 pensaban que la invasión era inminente y que la URSS se encontraba asediada por «conspiraciones múltiples e interconectadas que podían, en caso de que estallar la guerra, desencadenar la derrota, poner fin a la revolución y restaurar el capitalismo» (p. 18).

Teniendo en cuenta las evidencias reales de una invasión y las consecuencias que de ella podrían derivarse, Stalin creyó realmente que existía ese enemigo interno. El asesinato de Serguéi Kírov, primer secretario del Partido Comunista en Leningrado, fue el suceso que evidenciaría la existencia real de dicho enemigo interno. A partir de entonces se desató la represión. Harris afirma que Stalin impulsó la crítica desde las bases para dejar «al descubierto las deficiencias de los funcionarios, pero no previó lo que eso iba a traer consigo; lo trágico es que se encontraba programado para ver conspiración por todas partes» (p. 205). De ahí que se iniciase las purgas dentro del Partido, las cuales no afectaron en su mayoría a la élite política sino a las bases así como a las minorías nacionales con posibles vínculos con los potenciales invasores, cuestiones que se han conocido tras la apertura de los archivos. Del mismo modo, que se descabezase al Ejército Rojo cuando la amenaza de invasión era inminente, solo se explica en la creencia real de que se conseguía evitar así un complot militar, lo que se tradujo en la eliminación de un tercio de la oficialidad.

Stalin, pese a reconocer los errores que se habían cometido, estaba convencido que la represión había sido necesaria para eliminar a los enemigos de la revolución. Así lo atestiguan los documentos, tanto secretos como privados, a los que ha tenido acceso Harris. La represión descendió drásticamente a partir de 1939 pese a que Stalin y los dirigentes soviéticos siguieron convencidos de que «se enfrentaba[n] a un abanico de enemigos extranjeros y nacionales empeñados en eliminarle a él y poner fin al poder soviético y la revolución mundial» (p. 219). Según datos oficiales, se detuvo a más de 760.000 personas de las que casi 390.000 fueron ejecutadas.

El libro de Harris, en definitiva, nos muestra una nueva versión sobre la represión stalinista que rebate muchas visiones anteriores. Las tesis de Harris se sustentan en documentación de varios archivos que no ha sido accesible por los historiadores hasta fechas muy recientes. Sin querer restar responsabilidades al líder soviético, el autor muestra que la realidad no es monolítica sino que responde a multitud de variantes que deben ser analizadas en su conjunto. En definitiva, nos hallamos ante un trabajo que, seguramente, va a marcar un antes y un después en la historiografía de la revolución rusa en general y del periodo stalinista en particular.

*Mikel Bueno Urritzelki*